

## MICRORRELATOS III

### El abuelo

Pensaba que nunca iba a llegar hasta la taquilla para comprar las dos entradas con las que había estado soñando durante una semana, desde que se anunció la proyección de la nueva versión de la película “Bamby en las galaxias”.

El momento se acercaba, estaba tenso, el billete de veinte euros estaba sudado entre mis manos. La chiquillería a mi alrededor no cesaba de empujar y gritar, deseosa de coger la mejor de las entradas. Nadie quería perderse el estreno mundial de la película de animación.

Tuvieron que pasar casi cuarenta minutos para que la venta de las entradas produjera el avance lento de la serpenteante fila multicolor. Me sentía arrastrado por la infantil muchedumbre. Por un momento me acordé de Gulliver, atado de pies y manos por liliputienses, transportado como si fuese una marioneta.

El tiempo apremiaba y me preocupación fue creciendo en la medida que las entradas se estaban agotando. Un sudor frío empezó a descender hacia el torso, empapando la camisa.

Cuando finalmente pude decir las palabras mágicas, casi estuve a punto de enmudecer pero un certero tirón en el pantalón me hizo decir, “dos entradas de las buenas. Son para mi pequeña Carlota y para mí”.

- Así es que dos entradas - me dijo la taquillera-, buscando con la mirada a la pequeña.

- Lo siento, respondió -sólo puedo venderle una entrada-. No se ha dado cuenta de que esta película es para menores, y usted ya está un poco pasadito de años.

- Sí, sí, ya lo sé, pero eso no quiere decir que los mayores no podamos verla.

- Insisto, esta película es para menores de siete años. No ve lo que dice el letrero.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando, una película en la que se prohíbe entrar a mayores de edad. Creía que era al revés. Esto lo no entiendo, aunque podría admitirlo, pero eso de ¡dejar sola a la pequeña! Qué disparate. Eso es imposible. Pero cómo no voy a ver la película con mi pequeña. Si se lo he prometido. Además, sus padres me han confiado por una tarde su guarda y custodia. Aquí hay algo que no entiendo, no puede ser, eso imposible, tiene que haber un error. Ya se lo que ocurre, es la taquillera que me tiene manía, pero, qué pasa, qué pasa, dónde está Bamby, se ha perdido.

- Abuelo, abuelo, despierta. Te has quedado dormido otra vez en mitad de la película. Parece que has tenido una pesadilla.

- No, no -le respondí-, es una palomita de maíz que se me ha atragantado

- Abuelo, abuelo, no te hagas el despistado. Siempre se te ocurre la misma excusa. Ya te contaré el final.

PACIENTE ESPERA
-----------------

Llevaba olvidado no sé cuanto tiempo en los sótanos del viejo edificio, en el que se custodiaban las prendas que en depósito quedaban a la espera de ser canjeadas, previa presentación del correspondiente recibo, acreditativo de haber saldado la deuda contraída.

Cada vez que Higinio, el encargado de mantener en buen estado los depósitos, pasaba delante mía, tenía la esperanza de que

se fijara en mí, que me quitará el polvo acumulado y movido por la curiosidad decidiera colocarme en otro lugar. Ya estaba cansado de que nadie se ocupara de mí y todo se podía volver en mi contra de un momento a otro.

Mis esperanzas se iban frustrando a medida que el tiempo pasaba. Las semanas se transformaban en meses, y éstos en años, y cuando sentí que mi final había llegado, escuché unas voces que decididamente se encaminaban al lugar en el que me encontraba. Por su tono de voz enseguida adiviné su estado de preocupación. Aceleradamente cogieron la escalera de madera con la que pudieron llegar a lo alto de la estantería. La caja todavía dejaba resonar un ligero y tímido tic-tac.

Guiados por las recomendaciones que Higinio desde el suelo les hacía, me bajaron con cuidado, pendientes de que no cesara ni siquiera por un instante el latido de mi metálico corazón. Cuando por fin me colocaron sobre la mesa, comenzó un masaje que me reactivó todo el complejo engranaje del que estaba compuesto.

No esperaba que mi depositante viniese en mi reclamo, habían pasado muchos años desde que ocurrió, pero seguía con la esperanza de poder volver algún día al salón palaciego del que salí para saldar una deuda. Ahora de nuevo tenía cuerda para esperar otro largo periodo de tiempo, sin preocupación alguna. Me encontraba a buen recaudo.